

RECUERDOS DE UN CINE DE BARRIO

José Ángel Barrueco

Prólogo de Tomás Sánchez Santiago



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

PALABRAS PARA EL LIBRO «RECUERDOS DE UN CINE DE BARRIO»

La velocidad en los cambios que enmarcan la vida del hombre y la mujer contemporáneos ha acelerado ese proceso de desconfiguración que impide reconocernos en una fijeza íntima, en eso que se viene a llamar *la identidad*. Con la Revolución Industrial, las novedades técnicas, el espacio y el tiempo adquirieron otra densidad que desmentía los conceptos de distancia y de extensión: lo que hacía bien poco era lejano, se convirtió de repente en próximo; lo que parecía grande o abundante entraba ya en relación con otras proporciones aún mayores que lo empequeñecían de pronto. Comenzaba así una transformación del mundo cuya velocidad de progresión ha ido aumentando, y no ha terminado todavía. Al contrario, todo va adquiriendo una entidad cada vez más alejada del patrón que toma al hombre como la medida de todas las cosas: se habla de micros y de macros, de nonio, de megas (yo, si me lo permiten, sigo diciendo «meiga» para seguir creyendo en cierta magia que nos hace aparecer y desaparecer como por ensalmo el idioma flotando en los parpadeos de una pantalla líquida, más líquida que nada)... Creo que todo rebasa por arriba y por abajo al hombre: los rascacielos y el espacio lleno de una fontanería vigilante; los mundos abisales; los *loobies* como hidras de mil cabezas; los miles de millones de tantas transacciones... Todo parece propenso a la majestuosidad, a lo inalcanzable, a la virtualidad. Nada parece guardar una relación inmediata con la estatura humana. Todo, ya lo dije, nos rebasa, y nosotros vamos tras ello infructuosamente, pues cuando damos alcance a aquello que buscamos, ya está en otra parte, más allá, en otra inventada lejanía.

¿Por qué se me ocurre hablar de esto aquí, en la presentación de *Recuerdos de un cine de barrio*, de José Angel Barrueco? Porque

creo que no nos debe pasar desapercibido que un escritor joven, insultantemente joven, haya elegido para su primera publicación un tema y un género (o sea, un pretexto) que tienen que ver en mucho grado con ese problema de la necesidad de la identidad, del reconocimiento ante sí mismo. «*El escritor no tiene otra ambición que la de dejar una hermosa biografía*», dijo el poeta italiano Ungaretti. Fiel a este propósito, salga a partir de ahora por donde salga, José Angel Barrueco ha elegido empezar por una suerte de épica de la iniciación a la vida. ¿Quién soy yo?, parece preguntarse. Y la respuesta se halla en este libro híbrido de unas memorias de corte confesional y de apariencia narrativa. Análogamente al hallazgo de nuestra mejor novela picaresca, que elige el pretexto de que es una carta dirigida a un incierto «Vuesa merced» concretado en cada lector, José Angel prefiere decirnos que él es un producto de ese maravilloso y secreto jardín que es un cine. O que era un cine, cuando estas salas tenían ese aire de nave mercante que nos llevaba a todos a la vez a una oscuridad embrujada donde era posible abandonar nuestra triste identidad errante de adolescentes desorientados. Todos recordamos aquella maravillosa película, *Cinema Paradiso*, en que un muchacho es iniciado a la vida por Alfredo, el viejo proyectista de las películas del único cine de su pueblo. Esa identificación entre el cine y el paraíso podría servir de arranque para comprender este libro como algo más que una sarta de viñetas yuxtapuestas. El cine ha sido, en efecto, para José Angel Barrueco, su propio paraíso, el mundo natural que le permitía escabullirse de las tristuras y del riesgo del vacío que mirarse a un espejo y no ver nada podía provocarle. ¿Queréis saber quién soy yo?, parece oírse decir a quien narra. Soy todas esas películas y esas escenas y esos actores y esas actrices. Sus miedos y sus pasiones fueron los míos; participé de su mala suerte y de su buenaventura. Lancé arpones a Moby Dick, atraqué diligencias, besé a Ingrid Bergman una noche en un tugurio de Casablanca, combatí con el Mal en una guerra espacial... me forjé, pues, una identidad que me prestaron con más verosimilitud aquellos seres que quienes se ocupaban de modelarme, o sea, de hacer de mí un niño modelo.

Aquí tienen ustedes, pues, enmascarada como en la butaca más oscura de la última fila de un cine, toda una identidad. No se

trata sólo de una identidad testimonial, ni mucho menos de un relato costumbrista. Curiosamente, al contrario de lo que muchos se creen, en la literatura lo asombroso no es que personajes de ficción parezcan verdaderos, sino justo al contrario: lo maravilloso es que personajes que han sido de verdad den esa sensación de ficticios que ni las fabulaciones pueden conseguir. Así se logra este retablo legendario que es el libro de José Angel Barrueco, en el que lo verdadero acaba siendo el cine y lo mítico está en esos personajes laterales (porteros, taquilleros, clientes) que existieron peor en la realidad de la infancia del narrador que ahora, en el bulle-bulle de estas memorias amasadas con una mirada neutra, no exenta de cierta piedad...

Saludamos a un libro. Saludamos, sobre todo, a un escritor que se inició a la vida con el cine y que logra, conjugando cine y narración, imaginación y memoria, trazar un pasadizo entre la verdad y la invención en el que ya no se distingue qué hubo delante y detrás de la pantalla, como cuando de pequeños regresábamos a casa con los ojos ardientes y la fantasía erizada de tantas escenas que nos herían. Gracias, José Angel, por rescatar de nuevo aquel olor inexplicable, aquel rumor de molinete de una máquina zumbando y, sobre todo, por devolvernos en las páginas de *Recuerdos de un cine de barrio* aquella sospecha de que la oscuridad sagrada de los cines contribuyó a ayudarnos a escapar de la grisura y de las imposiciones, a escapar de nuestro propio rostro y de nuestras limitaciones. Bienvenido a la tribu.

Zamora, 24 de septiembre de 1999

* * * * *

¿Qué podría añadirse hoy a estas palabras escritas en 1999, con ocasión de la aparición de este libro? Han pasado varios años. No en balde para nadie. Tampoco para el autor de *Recuerdos de un cine de barrio*. Como ya suponíamos entonces, José Angel Barrueco ha seguido creciendo como escritor. Su pacto con la palabra ha ido dejando en el camino frutos llenos de diversidad: narraciones, artículos, textos teatrales... Aquella difícil continuidad entre la ficción

y la verdad sigue activa en su personal mundo, provocando una pirueta que obliga al lector a entrar con más confianza en la fabulación que en los tristes paños de la realidad. Y ahora vuelve de nuevo a reeditarse aquel primer libro que saludábamos gozosamente desde que tuvimos la oportunidad de conocerlo tierno y reciente en unas hojas mecanografiadas. Seguimos pensando, como entonces, más seguros que entonces, que es necesario escuchar al escritor desde el principio, desde este ajuste de memoria que deja claves íntimas y estéticas que luego permitirán sumergirse mejor en la escritura a la vez alucinada y discreta de José Angel Barrueco. Vuelva a este libro quien ya lo leyó. Y entre en él por primera vez quien no tuvo entonces ocasión de hacerlo. En ambos casos, la colosal estatura de un niño que ha seguido creciendo revelará a cada cuál de qué está hecha la inmarcesible pasta de los sueños.

Tomás Sánchez Santiago

León, 22 de junio de 2005

*a mis hermanos
y
a Esther & Iñáqui*

*El cine es la mejor arma
para expresar el mundo de los
sueños, de las emociones, del instinto.*
Luis Buñuel

*Ved que todo es infancia:
la verdad que es silencio para siempre.*
Claudio Rodríguez

*En realidad, es el
recuerdo de la sala
de cine en sí misma lo que viene a mi
mente. Recuerdo que de niño me llevaban
al cine –mi padre, mi madre o mi hermano–
y que mi primera sensación fue la de penetrar
en un mundo mágico: la alfombra mullida,
el olor de las palomitas de maíz frescas,
la oscuridad, la sensación de seguridad y
sobre todo de estar en un santuario: todas
estas cosas evocan en mi memoria una iglesia.
Un mundo de sueños. Un lugar que provocaba
y agrandaba nuestra imaginación.*
Martin Scorsese

I

Ser concebido en un cine es un evento insólito y romántico en el que la fecundación se ve afectada, de algún modo, por el entorno y la magia que emana de la pantalla y el fruto de ese vínculo sufre una fascinación sin precedentes por el Séptimo Arte. Uno nace predeterminado. A menudo he querido creer en eso: que el acto de amor y pasión del que fui consecuencia ha influido, de una forma desmedida y obsesiva, en mis gustos y aficiones. Que no pude escapar al abrazo sutil del celuloide.

En los años 30, se contaba en la familia, mi bisabuelo había viajado a Sudamérica en un barco que le conduciría por los cauces de la fortuna y de la aventura, y que le había devuelto a España cargado de anécdotas y de dinero, beneficio de sus negocios al otro lado del Atlántico. Mi bisabuelo era uno de esos hombres de fino bigote, cabellos muy peinados y traje negro, siempre a la caza de la oportunidad, siempre enaltecidos por el riesgo, que a su regreso, medio indiano, desarrolló una idea e inició los trámites para la construcción de un cine en la capital; al nuevo local añadió un par de cafeterías en otras provincias y el alquiler de otros teatros en nuestra ciudad. Uno de sus hijos continuó esa senda a veces complicada y audaz que discurre por las lindes del espectáculo, casó y crió a varios descendientes. Cuatro décadas después de la inauguración, en 1972, una joven pareja acudía al primer cine que fundara mi bisabuelo y heredase su hijo, con el mismo ímpetu para continuar el negocio pero menos sentido de la aventura. No era la primera vez ni sería la última que, cogidos de la mano, subían apresurados las escaleras que llevaban a la tribuna, ese ámbito tenebroso y de reminiscencias gamberras donde los jóvenes daban rienda suelta a sus instintos eróticos y salvajes. Al cine, antes, se iba también a otros actos diferentes al de ver una película: a meterse mano sin recato, a conquistar a una chica, a diver-

tirse con los amigos, a imitar a los galanes de la pantalla en sus apasionados y orgásmicos besos, a refugiarse del muerdo del frío en invierno y del abrazo del sol en verano, a matar dos horas de la tarde.

La pareja, en una de esas sesiones sin público en las que los diálogos producían eco en la inmensidad de la sala, caminaba con sigilo y tratando de evitar los quejidos de la madera, cuyo aroma a antigüedad y palomitas les ensordecía. El joven aprovechaba los rincones cegados por la negrura del local de su padre para deleitarse en placeres que excluían la visión de las imágenes ofrecidas. Los amplios palcos ofrecían oportunidad para tenderse en el suelo, al calor de la luz de la pantalla. El ronroneo de la cámara, que siempre ha desatado los impulsos sexuales con su monotonía y su similitud con un gato mimoso, orquestaba los movimientos de ambos. Besarse en la oscuridad de una sala, con los actores favoritos proyectados en un lienzo blanco, resulta una de las escenas de mayor armonía que uno pueda imaginar y vivir, con el inconveniente de que uno pierde demasiados fotogramas en cada abrazo.

Crujidos de madera, leves y delatores, sonidos del proyector, roce de ropas y piel, fuerte olor a tapicería, y un orgasmo tan placentero como inoportuno se mezclaban con un baño de agradables reflejos, fundiéndose en uno, convirtiéndose en unidad, rellenando las fisuras del conjunto y trascendiendo a la pantalla, como si todo estuviera confabulado y formase un rompecabezas en el que cada pieza poseía una función determinada. Me gusta pensar que, en esos momentos, la música de los altavoces sonaba dulce y entrañable.

Los hechizos del celuloide, las imágenes proyectadas, quizá hermosas, sus tonos de luz difuminados y silenciosos, y los diferentes sonidos, se mezclaron con el esperma de mi padre, de una forma increíble y sosegada, y ayudaron a concebirme. Mientras el foco de la cámara le hacía el amor a la pantalla, mi padre se lo hacía a mi madre entre butacas viejas.

Al ritmo del motor de la cabina y de la música, la pareja culminaba su acto sexual, mecida por efluvios, jadeos y promesas de amor. El joven, melenuado y setentero, levantó del suelo a su novia, bella, delicada y pobre, y juntos abandonaron el insólito nido de pasión mientras los títulos de crédito se reflejaban en sus rostros como un mapa de tatuajes confusos.

Unos meses después contraían matrimonio en un festejo que levantó expectación, no tanto porque la pareja era conocida como por la juventud de ella, que suscitó no pocos chascarrillos y cotilleos; un niño, fruto de un lance de penalti, estaba en camino. Así cuenta la leyenda familiar que quien esto relata fue concebido, en ese marco incomparable (catedral de cinéfilos, cuna de sueños) que es una sala vasta y oscura, en un día cualquiera, con escaso público, en una tarde gris o lluviosa.

II

Una infancia forjada en un cine puede ser muy constructiva, sobre todo si ese local es de barrio y da cabida a un ramo de personajes de la más diversa catadura, porque no sólo merodean entre sus paredes las figuras inmortales de la pantalla, sino también multitud de tipos extraños, solitarios en su mayoría, y en ocasiones tan llamativos como los del mundo ficticio. Fellini debería haber realizado una película con este cosmos de carne y fracaso, el de los asiduos a una sala sucia de programas dobles, poblada de perdedores.

Yo presencié la mejor etapa del Cine Pompeya, sus últimos años de decadencia, cuyos recuerdos y fragmentos están dispersos en mi memoria y debo sacar a flote. En absoluto puedo vislumbrar el momento inicial en que mis pies caminaron por aquel cine con alma de templo de serie B, de igual modo que nadie es capaz de rememorar sus primeras impresiones del mundo porque sólo posee imágenes deslavazadas a las que no logra adjudicar un sentido.

El Pompeya estaba emplazado en los barrios bajos de mi ciudad, en una zona próxima al bosque, y rodeado de talleres de mecánicos, chapistas y otros trabajadores del gremio. También existían, y aún se mantienen en pie, fieles testigos del tiempo, algunos bares de vino barato y tapas de tortilla, pimientos y callos, donde muchos infelices despilfarraban sus horas libres entre cañas y aceitunas, hasta que el cine de sesión continua les proporcionaba un respiro, un cambio en sus vidas monótonas, un soplo de aire inmortal. En lugar de padecer la televisión, acodados en la barra con un pincho de morro recalentado, muchos preferían pagar una entrada en taquilla, ver el programa doble y tomarse un refresco en el bar del vestíbulo. Este ritual podía alargarse y durar un día entero, porque nadie los echaba, y algunos hasta repetían el visionado de las películas. Gran número de estos clientes acudía unas dos o tres veces por

semana, especialmente en verano, para que el sol no les achicharrase el cogote en plena calle. Aquellas paredes venían a ser, para muchos desamparados, su segundo hogar.

El propietario, debo repetirlo, era mi abuelo, excepcional amante de la buena mesa, los viajes por España y los coches caros, aunque mi padre soportaba el mayor peso sobre los hombros, junto con su hermano, al ayudarlo ambos en la programación de títulos y encargarse del bar y la taquilla. Nosotros, con el transcurrir de los años, fuimos ayudándoles, en una especie de Equipo A familiar constituido por mi madre, mis dos hermanos pequeños y yo. De modo que parte de nuestra educación la recibimos en un contexto de amigos paternos, clientes fijos, empleados singulares, películas de porno blando y chinos karatekas. Pero también se proyectaban filmes de calidad, generalmente reestrenos, para que la sala conservara algunos destellos de brillo en su andadura.

El cine nos enseñaba Historia, nos proporcionaba diversiones, entusiasmos, miedo, lágrimas, y uno aprendía a distinguir, a fuerza de tragarse rollos de celuloide como si fuesen espaguetis, entre una escena vulgar, mediocre, sobrellevada por un mal actor, y una escena cumbre, magistral, de esas que permanecen en la memoria del cinéfilo hasta el fin de sus días. Dentro de esta última categoría, una de mis secuencias favoritas era ese desenlace triste y romántico en el que, en un alarde de rabia y pasión, Gregory Peck y Jennifer Jones se matan mutuamente en un polvoriento escenario de rocas y arbustos, ahogados en sangre, sensualidad y sudor. Mientras este tipo de imágenes se iba instalando en mis retinas, también rendía culto a subproductos que ni siquiera podrían catalogarse como clásicos de la caspa, y donde maestros del kung-fu o vaqueros de baja y rancia estofa entrecruzaban sus puños y pistolas.